

ESTADOS NEOLIBERALES Y NO LIBERALES. UNA DISCUSIÓN HISTÓRICA, POLÍTICA Y ECONÓMICA EN EL MARCO DE UN CAMBIO DE RÉGIMEN EN MÉXICO

ALEJANDRO MARTÍNEZ DE LA ROSA
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Resumen

El presente artículo parte de una investigación histórica sobre las vicisitudes presentes en la adopción del neoliberalismo en Europa y América Latina después de la crisis de los “Estados de bienestar”, tomando en cuenta datos económicos generales que muestren las principales problemáticas y contradicciones que ocasiona el libre comercio y el neoliberalismo en los países periféricos, a partir de ejemplos en Latinoamérica. El principal objetivo es relacionar los planteamientos teóricos del neoliberalismo clásico con los resultados obtenidos en América Latina después de décadas de implementación, para concebir en qué se fundamenta el discurso contrahegemónico expuesto en la actualidad en México, dado el cambio de régimen a uno de índole populista. Con ello se indaga acerca del papel del Estado dentro de un sistema mundial de índole neoliberal en países periféricos.

La metodología para alcanzar los objetivos propuestos fue primero analizar los postulados generales del neoliberalismo clásico para exponerlos de manera sintética, dentro del marco disciplinar de la teoría económico-política, para después realizar una revisión del impacto que tuvieron las reformas fiscales y arancelarias en Latinoamérica principalmente, a la manera de una historia económico-política, obteniendo como resultado que el halo determinista de ciertos postulados económicos decaen en discursos políticos con intereses concretos, que no siempre es fácil rastrear con las cifras de la macroeconomía.

Palabras clave

Reformas de Estado, libre comercio, crisis económica, América Latina.

NEOLIBERAL AND NON-LIBERAL STATES. A HISTORICAL, POLITICAL AND ECONOMIC DISCUSSION IN THE FRAMEWORK OF A REGIME CHANGE IN MEXICO

ALEJANDRO MARTÍNEZ DE LA ROSA
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO.

Abstract

This article is based on a historical research on the vicissitudes present in the adoption of neoliberalism in Europe and Latin America after the crisis of the “welfare states”, taking into account general economic data that show the main problems and contradictions that it causes free trade and neoliberalism in peripheral countries, basing on examples in Latin America. The main objective is to relate the theoretical approaches of classical neoliberalism with the results obtained in Latin America after decades of implementation, in order to conceive on what the counter-hegemonic discourse currently exposed in Mexico is based, given the change of regime to one of populist nature. With this, the role of the State is investigated within a world system of a neoliberal nature in peripheral countries.

The methodology to achieve the proposed objectives was first to analyze the general postulates of classical neoliberalism to expose them in a synthetic way, within the disciplinary framework of economic-political theory, and then carry out a review of the impact that tax and tariff reforms had in Latin America mainly, in the manner of an economic-political history, obtaining as a result that the deterministic halo of certain economic postulates decays into political discourses with concrete interests, which it is not always easy to trace with the macroeconomic figures.

Keywords

State reforms, free trade, economic crisis, Latin America

Al día de hoy, en que México da un vuelco en su historia al contar con un gobierno alejado (al menos discursivamente) de las políticas neoliberales seguidas por más de tres décadas, resulta importante revisar los marcos históricos y teóricos en que se sustenta una discusión amplia y diversa respecto a los postulados que sostienen tal polémica ante el ámbito mundial de disenso y confusión ante, por ejemplo, un presidente de los Estados Unidos de América, quien navega entre un proteccionismo a ultranza y un mercantilismo discursivo. De *La riqueza de las naciones* de Adam Smith a *Camino a la servidumbre* de Friedrich Hayek hay mucho trecho. Iniciar una discusión sobre el neoliberalismo e identificar su nacimiento y su distancia histórica del liberalismo clásico del siglo XIX, no será posible en las siguientes líneas. Entonces, únicamente nos enfocarnos en el neoliberalismo de fines del siglo XX.

Orígenes y primeros resultados del neoliberalismo

Después de la Segunda Guerra Mundial apareció una crítica político-económica a lo que se había dado en llamar “Estado de bienestar” o “intervencionista”, donde los aparatos gubernamentales mantenían cierto dominio directivo sobre los principales sistemas de producción y de redistribución de los ingresos y gastos. Esta crítica se basaba en impedir de alguna manera que el Estado tuviera alguna potestad sobre los mercados nacionales, ya que se amenazaba la libertad económica y política de los ciudadanos.

El primer teórico del neoliberalismo fue el austriaco Friedrich Hayek, quien criticó fuertemente al Partido Laborista Inglés antes de las elecciones generales de 1945. La exposición de su pensamiento sería piedra angular para que otros teóricos empresariales trataran de asimilar sus postulados, principalmente en la región capitalista del norte europeo y americano. Hayek se encargó de reunir a los que compartían su posición ideológica, con lo cual se conformó una selecta asociación de figuras como Milton Friedman, Karl Popper, J. Buchanan, Lionel Robbins, Ludwig von Mises, G. Tullock, Walter Eucken, Walter Lippman, A. Dawns, Michael Polanyi y Salvador de Madariaga. Juntos fundaron la Sociedad Mont Pelerin, lugar de Suiza donde se llevó a cabo su reunión. Así, quedó conformada una especie de camarilla altamente organizada que combatiría al keynesianismo para proponer en su lugar un capitalismo más agresivo en cuanto

a la competencia entre los agentes económicos privados de los países, vía la flexibilización total del mercado y la apertura de la economía.

Por supuesto, entre las décadas de 1950 y 1960 el Estado de bienestar presentaba sus bondades en cuanto al crecimiento económico de las principales potencias mundiales. Cuando este modelo político-económico dejó de dar los resultados observados durante la posguerra, y la recepción económica combinó bajas tasas de crecimiento con altas tasas de inflación, Hayek y compañía comenzaron a criticar el poder excesivo de los sindicatos y del movimiento obrero en Inglaterra que había impedido la libre acumulación de capital privado y provocado un aumento de los salarios y exceso de gasto social, provocando el vaciamiento de las reservas monetarias del país. Al evitar que las empresas obtuvieran los suficientes ingresos económicos para reactivar la economía, se desencadenaron procesos inflacionarios que provocaron la crisis de las economías de mercado. Por ello, para vencer a un “movimiento obrero parasitario”, se postuló un Estado que tuviera la suficiente fuerza de choque en contra de las reivindicaciones de los laboristas y, al mismo tiempo, que no se entrometiera en el libre flujo de inversiones. Entre los principales lineamientos que se recomendaban estuvieron: a) disminución del gasto social, es decir, evitar en lo posible la redistribución del capital dentro de los sectores no productivos; b) restauración de una tasa “normal” de desempleo, es decir, la creación de una reserva de trabajadores (esquiroles) para evitar la presión de los sindicatos; y c) reformas fiscales para incentivar la inversión de importantes agentes económicos, es decir, reducción de impuestos sobre las ganancias más altas y sobre las rentas.

Con estas recomendaciones impuestas, los países se encontrarían de nuevo en una saludable desigualdad social que provocaría la estabilidad monetaria y la reactivación de los mercados internos y externos. Cuando en 1978 la Unión Soviética invadió Afganistán, el proyecto neoliberal ganó todavía más legitimidad ya que el comunismo era uno de sus enemigos más acérrimos, al tener un modelo en donde el Estado fungía como director omnipotente de las economías socialistas.

Para finales de la década de 1970 Inglaterra siguió los lineamientos de la propuesta neoliberal de la mano del gobierno de Margareth Thatcher, no sin antes partir de una crisis que obligó al presidente Healey a pedir, en 1976, un préstamo al Fondo Monetario Internacional (FMI). Dos años antes, en 1974, se dio una feroz huelga de los sectores minero y de la cons-

trucción que llevó a la caída del gobierno conservador de Edward Heath, tomando su lugar el laborista Healey quien prometió implantar un programa de impuestos en contra de los más ricos. Los mercados financieros contraatacaron haciendo entrar en crisis a la libra esterlina, por lo que fue necesario pedir un préstamo al FMI a cambio de dar preferencia al capital financiero, rompiendo con el protocolo de Bretton Woods (1944). Así fue como a partir de 1976 se dio preferencia al capital financiero para estabilizar los precios y la inversión privada, en detrimento del gasto público y la creación de empleos, que era por lo que había votado la sociedad inglesa. El gobierno laborista se vio obligado a desmantelar el control de la entrada y salida de capitales junto con el Estado de bienestar. Un secretario del Tesoro norteamericano, William Rodgers, se expresaría así de lo sucedido: “Todos teníamos la impresión de que podía producirse un grave enfrentamiento de consecuencias imprevisibles [...], se trataba de una elección entre el mantenimiento de Gran Bretaña en el sistema financiero liberal y un cambio radical de actitud. Creo que si esto se hubiera llegado a producir, el sistema en su totalidad habría comenzado a resquebrajarse” (Panitch, 2002: 219).

Por su parte, el republicano Ronald Reagan llegaría a la presidencia de los Estados Unidos en 1980; y para 1982, caerían derrotados los regímenes social-liberales en Alemania y Dinamarca, extendiéndose así los triunfos de los partidos de derecha por todo el norte de Europa Occidental, exceptuando Suecia y Austria.

El ejemplo de Reino Unido en políticas neoliberales ilustra fehacientemente los principios económicos en los que se basa el proyecto neoliberal: contracción de la emisión monetaria, elevación de las tasas de interés, baja de impuestos sobre ingresos altos, abolición del control sobre flujos financieros, creación de niveles altos de desempleo, represión de huelgas, reformas legislativas en contra de los sindicatos, disminución del gasto social y la adopción de un programa de privatización de instituciones y empresas paraestatales. En los demás países europeos se observaron cambios menos drásticos, pero poco a poco fueron incorporados los planteamientos neoliberales durante toda la década de 1980.

En el caso norteamericano, Reagan también redujo impuestos a los grandes capitales y elevó las tasas de interés; pero se caracterizó su gobierno por el programa armamentista para quebrar la economía soviética, campaña más bien de características económicas keynesianas. De

esta primera etapa neoliberal, Anderson estima que, en términos generales, el neoliberalismo tuvo éxito al detener la inflación, incrementar las tasas de ganancia en la industria, aumentar las tasas de desempleo y reducir los impuestos a los salarios más altos –fase inicial del ajuste–; todo esto debido principalmente a la victoria sobre los movimientos sindicales. Empero, la reanimación del capitalismo avanzado mundial no se dio. Los ritmos de crecimiento de los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), mostraron una tasa media de crecimiento sin cambios significativos a los vistos en las décadas de 1950 y 1960, incluso mostrando una curva descendente: “En el conjunto de los países del capitalismo avanzado, las cifras son de un incremento anual de 5.5 % en los años 60, 3.6 % en los 70, y sólo 2.9 % en los 80” (Anderson, 1996: 40 y ss).

La desigualdad de ingresos que se observa dentro de Estados Unidos puede ser indicativo de las secuelas del neoliberalismo en los países centrales: entre 1987 y 1989 los trabajadores peor remunerados vieron descender sus ingresos 16 %, y los de la parte media 2 %. En cambio, los ingresos de los altos directivos tuvieron un incremento de 5 % aproximadamente. Los ingresos de la clase media trabajadora norteamericana cayeron de 1989 al final de la década de 1990 a un rango de 5 % (Olave Castillo, 2003: 45). Mientras tanto, 25 % de infantes norteamericanos vivían en condiciones de pobreza, siendo el índice más alto entre los países industrializados durante la presidencia de Bill Clinton (Faux, 2004: 193).

De lo anterior se puede apreciar que se salvaron las apremiantes crisis heredadas de las décadas anteriores –trasladándose éstas a los países periféricos–, pero el crecimiento de las economías más fuertes del mundo no se dio en los niveles esperados, con lo cual aparece uno de los puntos débiles del neoliberalismo: la desregulación financiera provocó inversiones especulativas más que productivas, es decir, las transacciones financieras fueron de tipo netamente monetario, rebasando ampliamente a la inversión directa en producción de bienes materiales. Así, las facilidades a la inversión ayudaron a las bolsas de valores a manejar más capital especulativo que nunca participó activamente en las economías nacionales.

Neoliberalismo en los países periféricos

Más allá de la adopción desesperada del neoliberalismo por parte de los regímenes que tomaron la presidencia de los nuevos países del Este, la

descomposición del régimen soviético –ya de por sí mermado por la extrema burocratización del Estado– trajo consigo, desde el punto de vista económico, un mercado inmenso para especular tanto con las nacientes bolsas de valores como con la inversión en negocios antes inexistentes en la región –con el consiguiente descenso en los niveles de vida–, y desde el aspecto ideológico, la impresión de triunfo del capitalismo ante una alternativa política socializante y de poder estatal paternalista (Giddens, 1999). De todos modos, ya hacía mucho tiempo que la social-democracia europea se había alejado del objetivo de crear una economía basada en la propiedad social, proponiendo un “capitalismo social” (Denitch, 2004: 70 y ss).

Así como Europa adoptó el proyecto neoliberal, en América Latina Chile fue el pionero en seguir las ya claras directrices de privatización de los bienes públicos, represión sindical, desregulación financiera, desempleo masivo, redistribución de la renta a favor de los más ricos, etc. Pero aquí se dio una especificidad latinoamericana al haber sido adoptado por una dictadura. ¿Cómo es que una dictadura pueda ser (neo)liberal? Porque precisamente existen dos fenómenos distintos en los regímenes latinoamericanos de fines del siglo XX: por un lado, la casi total adopción de las “recomendaciones” neoliberales hechas por las grandes instituciones financieras del mundo y, por otro, la situación política concreta de cada país para adoptar tales medidas económicas.

En la dictadura pinochetista se dio el caso “ideal” teórico en que la democracia no podía detener el proyecto de reformas financieras. Hayek planteaba que la democracia podía interferir en los derechos de los agentes económicos a disponer de sus bienes y propiedades como mejor les conviniese. También en Bolivia se establecieron reformas neoliberales en la presidencia de Víctor Paz Estenssoro, quien, paradójicamente, representaba al ala populista que continuaba al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) desde la revolución de 1952. Mientras en Chile lo fundamental era derribar a la izquierda –principalmente al movimiento obrero–, en Bolivia se pretendía detener la hiperinflación. El caso chileno tuvo un éxito macroeconómico que incentivó a los países de Europa a adoptar las mismas tácticas. La dictadura implacable permitió que las reformas estructurales fueran incontestables y se dio un rápido crecimiento económico. En cambio, en Bolivia, debido a la inestabilidad política –después de interminables golpes de Estado– y a las pugnas entre la cúpula del poder, el régimen neoliberal fue desastroso a corto y largo plazo.

No obstante, fue hasta finales de la década de 1980 cuando América Latina, en su conjunto, viró hacia el neoliberalismo (Olave Castillo, 2003: 90 y ss). Con los regímenes de Salinas de Gortari en México, de Menem en Argentina, de Pérez Rodríguez en Venezuela y de Fujimori en Perú, las políticas antipopulistas abrieron las puertas a los crecimientos macroeconómicos y a la desigualdad social. En México, Argentina y Perú se lograron rápidos resultados en el control de la inflación, pero al costo de privatizar paraestatales importantes y de incrementar el desempleo. En cambio, en Venezuela el programa fracasó y Pérez Rodríguez tuvo que dejar la presidencia en su segundo mandato.

Después de esta primera fase de aplicación, es importante mencionar que los gobiernos que habían adoptado el neoliberalismo bajo autoritarismo político (golpes y autogolpes de Estado, dictaduras y reformas constitucionales), dejaron a la larga el poder, pero los nuevos regímenes continuaron con las reformas neoliberales, siendo paradójico el hecho que partidos políticos que, en un principio criticaban las reformas hechas por sus contendientes, continuaran y hasta agilizaran la desestructuración del poder estatal.

Cuando el gigante de Sudamérica, Brasil, abrazó la ideología neoliberal después de una hiperinflación –caso común en Latinoamérica con excepción de Chile–, se veía ya una desaceleración del crecimiento macroeconómico en la región, producto de la especulación en las bolsas de valores y a las pocas reservas nacionales provocadas por la venta de paraestatales. Fernando Henrique Cardoso, otro rara sociólogo marxista, se ajustó a las prácticas de “tercera vía” al no poder frenar la crisis; mientras tanto, dos millones de trabajadores perdieron su empleo y medio millón de jornaleros dejaron el campo por ser incapaces de competir con los productos importados (Lester, 2004: 28-30). Las crisis de México y de Argentina también fueron ejemplos palpables de la fragilidad del sueño neoliberal. No obstante, se sigue asumiendo que el capitalismo salvaje es el único camino político y económico para afrontar las crisis recurrentes. A pesar que Chile ha mantenido un crecimiento en tasa promedio del 6 % desde 1986, no se ha visto una recuperación del poder adquisitivo, por lo que la pobreza se recrudece. La tasa de desempleo subió de un 6 % a principios de la década de 1990, a un 12 % en el 2000 y en 15 % en las mujeres, de acuerdo a fuentes oficiales. La deuda externa creció de 17 mil millones de dólares en 1990 a 30 mmd. a fines de 1998 (Arroyo Picard, 2001). Según el Banco Interamericano de

Desarrollo (BID), en 1999 se registró en América Latina y el Caribe una de las mayores desigualdades en la distribución del ingreso: el 25 % total es percibido por 5 % de la población, y el 40 % restante por 10 % de los más ricos que les siguen. Mientras tanto, el 30 % más pobre de la región recibe tan sólo el 7.5 % del ingreso total. A su vez, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) registra que la región creció 3 % anual entre 1990 y 1996, mientras la tasa de crecimiento entre 1945 y 1980 había sido de 5.5 % (Olave Castillo, 2003: 5, 44 y 99).

Para aportar un ejemplo sobre las consecuencias del neoliberalismo es preciso observar el caso argentino, que desembocó en una de las grandes crisis económicas y sociales de principios de siglo XXI. Los gobiernos civiles en Argentina (Raúl Alfonsín, Carlos Menem y Fernando de la Rúa) y los gobiernos después del fatídico diciembre de 2001 mantuvieron, como en tiempos de la dictadura, la reducción de salarios reales, la contracción del mercado interno y la reorientación del gasto público a favor del poder económico más concentrado (Borón y Gambina, 2004: 129 y ss), sin tocar a la oligarquía terrateniente argentina, grupo especulador y monopolista que se encuentra asociado al gran capital transnacional:

20 millones de hectáreas de las mejores tierras agrícolas están hoy en manos de no más de 2 000 empresas. En los años 1990 se produjo la mayor transferencia de campos de toda la historia del país, siendo reemplazada la vieja oligarquía vacuna por una nueva clase empresarial oligopólica y prebendaria. En los inicios de esa década alguien del equipo económico emitió una profecía autocumplida: la desaparición de la mayor parte de los pequeños productores. Actualmente registramos una cifra de alrededor de 300 mil productores expulsados y más de 13 millones de hectáreas embargadas por deudas hipotecarias impagables. A esta situación de catástrofe agropecuaria deberíamos sumar la emigración masiva de los obreros rurales. Sólo en el Chaco cada máquina reemplazó a 500 braseros. Los pools de siembra que concentraron tierras convirtieron a los productores en rentistas en sus propios campos (Rulli, 2002).

De nada sirve que Uruguay y partes de Argentina y Brasil sean las zonas agropecuarias más fértiles del mundo si la ganancia queda en pocas manos o se transfiere a los mercados mundiales –fuga de depósitos y el consiguiente recorte de préstamos productivos– mientras su

población se encuentra desocupada: “hay en el exterior más de 100 mil millones de dólares de argentinos que exportan ilegalmente capitales”. Éstos vuelven como capital fresco para comprar empresas devaluadas gracias a la depreciación de la moneda local. Dos fenómenos endémicos y relacionados de la crisis fueron: 1) la compra de mercancías importadas más baratas –sobre todo de origen oriental– que ocasionó el cierre de fábricas y talleres; y 2) la reducción del consumo que provocó la caída de los aportes impositivos de los pequeños patrones y de los asalariados. Ambos fenómenos llevaron a la bancarrota del Estado –más bien, del país–, que con el congelamiento de los depósitos de los ahorristas (“El Corralito”) produjo que de la noche a la mañana nadie tuviera nada para gastar y, muchos, nada para comer. Pero el principal culpable de la crisis argentina –aunado a la corrupción interna y a la inefficiencia político-económica– fue el capital financiero internacional: “La crisis argentina es una crisis de la política del FMI y en el derrumbe argentino es evidente la complicidad del FMI y del Banco Mundial, así como una crisis de toda la política de saqueo y succión de capitales por parte de los países metropolitanos que se presenta bajo el nombre de neoliberalismo” (Almeyra, 2002-3: 99-94).

Neoliberalismo, libre comercio y Estado no liberal

Para los países latinoamericanos, México es un buen ejemplo de que los tratados de libre comercio con los países del primer mundo no borran la brecha en cuanto a beneficios económicos. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) ha introducido a los pequeños productores en una competencia desleal con los grandes productores de Estados Unidos y Canadá, los cuales aportan fuertes sumas de dinero a subsidios en la producción estratégica de insumos en el mercado.

Retomando el ejemplo de la industria alimenticia –4.6 % del Producto Interno Bruto (PIB) total y el 24.7 % del PIB de la industria manufacturera, representando el 24 % en la generación de empleos en el sector–, México ha tenido que implementar cambios en sus empresas productoras de alimentos –introduciendo nuevas tecnologías en el nivel de producción, haciendo cambios en la organización de sus empresas e implementando nuevas estrategias de competencia en los mercados–, asumiendo los costos que esto implica (Torres Ulloa y Acosta Reyes, 2002-3: 59 y ss). Cuando los consumidores de países como Estados Unidos, Francia, Alemania, In-

glatera y Japón prefieren productos sin conservadores artificiales, bajos en grasas, elaborados con insumos naturales, bajo estrictas normas de seguridad e higiene y, además, de preparación rápida, se muestran sus repercusiones en la expansión, contracción o desaparición del mercado productivo.

A partir que, en 1986, México ingresó al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) se inició el proceso de sustitución y diferenciación de productos alimenticios y se agudizó la dependencia tecnológica en varias ramas de esta industria. Presionado por las medidas de control y vigilancia del Banco Mundial (BM) vía empréstitos (mil mdd. durante el gobierno De la Madrid), es como México eliminó aranceles –4,900 fracciones arancelarias en 1988– y liberalizó su comercio en función de la economía norteamericana. Por medio de un préstamo del BM se implementaron las siguientes “reformas” al sector agrícola a partir de 1988: 1) eliminar los subsidios globales a los alimentos y reorientar los restantes subsidios alimentarios para los pobres; 2) reducir la intervención del gobierno en los mercados agrícolas por la vía de eliminar los precios de garantía; 3) abolir los controles de exportación y las restricciones cuantitativas en productos clave; 4) reducir el papel de las paraestatales agrícolas; 5) liberalizar el comercio agrícola; 6) retirar los subsidios a los insumos; 7) aumentar la eficiencia de la inversión pública, es decir, reducción del gasto público; y 8) descentralizar y recortar personal en la Secretaría de Agricultura (Saxe-Fernández y Delgado Ramos, 2004: 287 y ss).

De 1993 a la fecha, México ha suscrito nueve tratados de libre comercio: con Bolivia, Chile, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Nicaragua, Guatemala, Honduras, El Salvador, Israel, Unión Europea, Estados Unidos y Canadá, así como acuerdos parciales con Uruguay, Paraguay, Argentina y Brasil. Estos tratados consideran la eliminación gradual de barreras arancelarias, la desgravación gradual y definitiva de algunos productos, y el cumplimiento de normas sanitarias y de estándares (ISO 9000 en parámetros de calidad e ISO 14001 sobre medio ambiente). Muchas de las empresas mexicanas han resentido el cambio gradual pero vertiginoso en su inserción en el mercado de competitividad mundial, acostumbradas al proteccionismo del Estado que daba subsidios y cuidaba que las empresas cubrieran mercados cautivos y limitados en su capacidad y exigencias. Los empresarios se quejan que en el país existen problemas de financiamiento, marcos jurídico-normativos de protección industrial

poco favorables, políticas arancelarias adversas, y falta de incentivos para el desarrollo tecnológico y de mano de obra calificada; aunque también es cierto que la industria mexicana se ha caracterizado por realizar inversiones limitadas y cautelosas, buscando grandes utilidades y rápida recuperación del capital invertido.

Al ingresar a una competencia transnacional, las estructuras de los mercados se ven influenciadas por aquellas empresas representativas o líderes que tienen los recursos para innovar –implementando nuevas tecnologías, diferenciando productos, creando submarcas– y así moldear los mercados a su conveniencia. Es por ello que varios representantes de la rama alimenticia se quejan de “la falta de programas de fomento productivo que contemplen políticas de financiamiento viables y esquemas para subsanar el marco ilegal, erradicar la corrupción y combatir el contrabando de manera puntual” (Cobos Pérez, 2002).

Entonces, ¿el papel del Estado ha dejado de ser primordial? Por supuesto que no. La presión existente hacia los Estados que han adoptado las medidas neoliberales viene de dos polos opuestos: los grandes organismos financieros y las economías de primer mundo –a veces con beneficios para algunos pocos empresarios locales–, y los pequeños empresarios locales, los sectores obrero-campesinos y demás grupos marginados. A las reivindicaciones sociales se anteponen los compromisos adquiridos por los gobiernos con los grandes inversionistas. Así es como las prácticas neoliberales necesitan de un Estado a modo para seguir sus planteamientos económicos, sin importar si pregonan ser de izquierda o de derecha. El desmembramiento del Estado radica en la privatización de paraestatales y la pérdida del nivel de decisión en los asuntos económicos, pero sin disminuir su papel de control hacia los sectores marginados, en lo que se ha dado en llamar gobernabilidad (control social). Por ello es que la línea política de los partidos no interesa para el gran capital siempre y cuando permita la gobernabilidad, es decir, la protección y las prebendas hacia las inversiones de transnacionales. El Estado surge como un mecanismo administrador de conflictos político-sociales que regula las cargas impositivas y fiscales para apoyar a los grandes inversionistas.

En este orden de ideas es donde una democracia electoral no participativa permite la existencia de gobiernos tutelados o controlados por el gran capital, con lo cual la alternancia política no precisamente indica un verdadero cambio en las medidas adoptadas a favor o en contra de

abrir las fronteras al libre comercio. Por ello el Consenso de Washington impone la regla neoliberal de libre comercio y sistema democrático con elecciones libres. En realidad las decisiones sobre medidas estructurales se toman de manera extraparlamentaria –ya que el capital del Estado, que en algún momento había sido público y social, se ha transformado en capital privado y empresarial–, por lo cual podemos afirmar que la democracia y la globalización, como son entendidas por el neoliberalismo, resultan ser factores instrumentales del capitalismo salvaje. Desde el punto de vista internacional, la gobernabilidad se plantea desde la “administración” de los conflictos sociales recurrentes en el marco de un neoliberalismo global, lo cual viene en relación con un manejo de estos conflictos a una escala en que no contravengan los intereses de los países desarrollados, sin importar la erradicación real y a largo plazo de los problemas de fondo (Dieterich, 2000: 84-85).

México, el TLCAN y el ALCA

México es un buen parámetro para medir la repercusión de otro de los fundamentos del neoliberalismo: el libre comercio. ¿En qué condiciones entró México al TLCAN? Se puede resumir que durante el gobierno de Salinas de Gortari se impulsaron las siguientes reformas: 1) inició la apertura comercial cancelando los permisos de importación y derogando el código aduanal mediante una intensa reducción arancelaria; 2) eliminó el control de precios y salarios; 3) redujo el gasto público, privatizó el sistema bancario y organismos y empresas del sector público; y 4) acordó un menor deslizamiento del peso con respecto al dólar.

Las consecuencias en cifras se pueden medir en lo siguiente:

—La balanza comercial registraba en 1988 un superávit de 1,667 millones de dólares, con Salinas de Gortari se registró un déficit cada vez mayor: en 1989 de 6,085 mdd.; en 1990 de 8,106 mdd.; 1991, 13,787 mdd.; 1992, 24,804; 1993, 23,392; y 1994, 28,500 mdd. Lo que equivale a un déficit acumulado de 104,677 mdd. durante el sexenio salinista.

—El financiamiento de importaciones obligó al endeudamiento externo. En 1993 se contrataron créditos por 13,400 mdd., y en 1994 por 8,600 mdd., incrementándose la deuda externa del país a 136 mil mdd. al cierre de diciembre del mismo año.

-La captación de ahorro externo a corto plazo (capital “golondrino”), vía inversión privada especulativa, coadyuvó a financiar el déficit comercial y de servicios.

-Se puso en marcha el tratado de libre inversión y la formalización del acuerdo comercial que conllevaría al TLC de América del Norte.

Pero fue desde 1993 cuando se comenzaron a escuchar voces sobre los riesgos del desequilibrio comercial y de la sobrevaluación del peso mexicano. Se hizo caso omiso por dos circunstancias, una económica y otra política: 1) una devaluación restaría credibilidad al país, provocaría la temida fuga de capitales y la suspensión del flujo de la inversión extranjera; 2) no se quiso afectar al partido frente a las elecciones presidenciales hacia el próximo sexenio, ni debilitar la candidatura de Carlos Salinas a la presidencia de la Organización Mundial de Comercio (OMC).

Como consecuencia de la crisis, las reservas nacionales se redujeron de diciembre de 1993 a diciembre de 1994 en 23,400 mdd., y en sólo tres semanas del gobierno de Zedillo disminuyeron en 11,104 mdd (Velásquez Valadéz, 2004: 90-91). En la década de 1990, el gobierno mexicano transfirió a particulares activos por 31,458 mdd., que representaron 20.4 % de la venta total de empresas propiedad del Estado (EPEs) en América Latina. De 1989 a 1994, casi tres cuartas partes de la totalidad de la inversión extranjera que entró a México (98 mmd.) fueron de inversiones de cartera de corto plazo, o sea, compra de bonos y acciones de participación no mayoritaria. Sólo el 27 % de la inversión que entró a México fue de inversión directa. Aun así, la inversión directa no creó empleos nuevos sino que se destinó a la compra de empresas estatales privatizadas. Durante la crisis del peso de 1994-1995, los inversionistas retiraron de México un total de 48.6 mmd. en inversiones de cartera. El gobierno mexicano se vio forzado a recurrir al FMI y a los gobiernos de Estados Unidos y Canadá para requerir un paquete de rescate de un monto aproximado a los 48 mmd. Los beneficiarios principales de este rescate fueron los especuladores de divisas y las entidades crediticias de dinero, quienes fueron reembolsados por el gobierno de México. La deuda externa de México subió de 132 mmd. a fines de 1993 a 166 mmd. en 1995 (Arroyo Picard, 2001).

México, sin TLCAN, creció en la década de 1970 6.6 % anual, que en términos per cápita se traduce en un crecimiento de 3.4 % promedio anual, mientras en la década de 1990 se creció a 3.1%, siendo el crecimien-

to per cápita de 1.3 % anual. Otro indicador importante fue el ingreso de capital extranjero: 36,378 mdd. entre 1998 y 2000, pero el déficit de cuenta corriente fue de 48,699 mdd. Asimismo, el 89 % de las exportaciones mexicanas se dirigieron a Estados Unidos, pero tales empresas exportadoras (alrededor de 300) son, en su mayoría, filiales norteamericanas (96 %), por lo que es claro el papel de México como parte de la periferia comercial de Estados Unidos (Martínez, 2002: 95 y ss).

Ahora, la planeación de un Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) entre 34 países que fue propuesta por George Bush padre (1994) fue congelada por W. Clinton, pero fue vuelto a postular por Bush hijo. Este proyecto nació dentro de las perspectivas positivas que se preveían para el TLCAN a partir del Consenso de Washington y el libre comercio pregonado por la OMC. El ALCA era la extensión del TLCAN. Sin embargo, existen factores que, a decir de R. Zoellick, el responsable norteamericano, dificultaban su negociación:

–El desgaste de las políticas neoliberales que ocasionaron –a partir de las crisis de México y Argentina– la toma del poder por grupos de centro e izquierda en varios países latinoamericanos. Brasil planeaba reorganizar el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) para competir en un marco de mayor igualdad en un posible acuerdo comercial con Estados Unidos.

–La gran desigualdad entre las economías de Latinoamérica y la de Estados Unidos. Las recesiones en América Latina provocaban que los PIB per cápita de la región no superaran los alcanzados en 1998. Por supuesto, estas desigualdades provocarían un bajo consumo de los productos norteamericanos (Aboites, 2004: 75 y ss).

Las perspectivas de la consumación del ALCA dependían, más que de las reivindicaciones sociales existentes en ciertos países como Bolivia, Ecuador y Venezuela, de la geopolítica de Brasil, Chile y Estados Unidos. La duda estaba si Brasil conseguía reunir a varios países latinoamericanos dentro de un acuerdo comercial –entre ellos Argentina–, ya que Chile planteaba más una profundización de relaciones bilaterales más que regionales con el país del norte, después de haber consumado un tratado de libre comercio con él en 2003. Por su parte, el interés de Estados Unidos radicaba en crear un bloque continental “a su medida” para que compitiera con los bloques europeos y asiáticos, dividiéndose el mundo entre las grandes potencias.

¿Neoliberalismo vs. Estado?

Los regímenes latinoamericanos de estas dos primeras décadas del siglo no han detenido el “aligeramiento” del Estado, asumiendo que los resultados esperados no se han dado debido a que todavía no se han profundizado lo suficiente las reformas macroestructurales necesarias. Esto demuestra la radicalidad del neoliberalismo como ideología política. La teoría neoliberal precisa que, desregulando los mercados, se posibilita la convergencia de precios para asegurar en el largo plazo una igualación de los ingresos entre todas las economías que participen en la economía global, pero no observa o no quiere observar que el poder de negociación es distinto entre los grandes inversionistas transnacionales y los locales, y entre éstos y los asalariados. Lo anterior imposibilita el “ajuste automático del mercado” continuo y recíproco (nunca igualitario). Las relaciones financieras desiguales originan una acumulación desigual “excesiva” que pone en tela de juicio el presupuesto teórico de que se dan relaciones “entre iguales”. Por ello, cabe preguntarse si es realmente cierto que el Estado es una parte fundamental o no dentro del proyecto neoliberal.

Como hemos revisado, el neoliberalismo fue adoptado tanto por partidos de derecha como de izquierda, pero en ambos casos las reformas se dieron en el ámbito de una crisis inflacionaria, lo cual nos remarca tanto una suficiente fragilidad de liquidez económica de los Estados como una crisis de legitimidad ante los paternalismos gubernamentales. Aquí también juega un papel importante para la pérdida de legitimidad de un régimen la corrupción y el fraude, los cuales hacen que se desconfie de los políticos en general. Esto fortalece el discurso para liberar a las fuerzas del mercado y que ningún gobierno corrupto se aproveche de sus prerrogativas de ley para manejar directamente la producción y la fuerza de trabajo del país.

Entonces podemos apreciar que, más allá de los discursos políticos, la adopción del neoliberalismo depende de los compromisos contraídos por el partido triunfador. Esto se radicaliza en países de fuerte influjo de los medios de comunicación en materia política. Se puede observar en varios países cómo la cada vez mayor influencia de la televisión en el electorado provoca que las campañas electorales pongan más atención en avenirse de un mayor capital para costear la publicidad del candidato y el partido, sumado esto al cabildeo político y clientelar ya tradicionales. La importancia de los medios de comunicación electrónicos ha aumentado

tado por el efecto de la globalización y la creación de nuevas tecnologías, no obstante, lo que se observa como problema fundamental es la formación de un poder mediático monopolista a nivel mundial, en el cual las grandes cadenas televisivas también cuentan con los derechos de revistas y diarios, así como grandes compañías de telecomunicación satelital, sin mencionar otros ámbitos de inversión.

Otro punto importante es que cada gobierno electo hereda las deudas y los compromisos que realizó el anterior grupo presidencial. Entonces, ¿un gobierno electo, ya sea de derecha o de izquierda, tiene alternativa en cuanto al proyecto económico a implementar? La globalización obliga a buscar mercado para las mercancías y demás bienes producidos, pero si existen marcos regulativos y volumen de producción desiguales, la tarea se vuelve imposible. Así, el peso específico del Estado neoliberal no es de orden ideológico, sino económico-estructural, ya que las negociaciones políticas se encuentran desligadas de las negociaciones económicas. Dentro del neoliberalismo el papel del Estado funge como un administrador o un agente de ventas que busca atraer las inversiones, abriendo las oportunidades para que grandes consorcios financien proyectos de producción y de administración de las paraestatales ya privatizadas. La verdadera competencia y globalización se da entre empresas, no entre Estados. La relación de intereses entre las grandes firmas empresariales y el Tesoro norteamericano, junto con el BM y el FMI, representan el mayor aparato de presión hacia los Estados-nación en todo el mundo. De esta manera, se mezcla una hegemonía ideológica con el neoliberalismo como única alternativa para ingresar al mercado mundial (globalización de índole económica) y un poder oligárquico-imperial de parte de un restringido grupo de grandes empresarios y el gobierno norteamericano.

Analizando la economía más grande del mundo, es obvio que el Estado norteamericano es uno de los más protecciónistas hacia su producción interna y el que tiene más injerencia ante las crisis económicas que suceden recurrentemente en algún país del orbe. Podemos mencionar entre las medidas más desventajosas hacia los países en desarrollo el subsidio que mantienen los países del primer mundo con respecto a su producción agrícola de arroz, chocolate, trigo, leche, maíz, algodón y/o azúcar. Por ejemplo, la mitad del presupuesto de la Unión Europea se concede a los subsidios agrícolas, siendo el 80 % para la agroindustria (Toussaint, 2004: 274). 900 millones de agricultores de todo el mundo se

encuentran en extrema pobreza por no poder colocar sus productos en el mercado, lo que sus competidores internacionales logran fácilmente en los puntos de venta urbanos más importantes del mundo. 30 de las naciones más pobres dependen de estos insumos alimenticios cuyos precios se han desplomado en los últimos años. No obstante, Estados Unidos es el principal propagandista sobre la reducción del papel estatal como regulador y director de las iniciativas económicas y sociales en los países del tercer mundo.

Conclusiones

Después de terminar nuestro recorrido histórico y económico propondremos algunos puntos conclusivos que serán generales y no pretenden ser absolutos. Como primer punto es importante señalar que el neoliberalismo aprovechó las crisis de los Estados de bienestar para ejercer la presión necesaria y llevar así sus postulados políticos y económicos a la práctica, tanto en los países del primer mundo como en los que se encuentran en vías de desarrollo, donde la inflación creció desmesuradamente. Las principales medidas adoptadas fueron: disminución del gasto social, restauración de una tasa “normal” de desempleo, reformas fiscales para incentivar la inversión de importantes agentes económicos, y la privatización de empresas paraestatales (Olave Castillo, 2003). Los gobiernos, ya sean de derecha o de izquierda, han optado por las medidas neoliberales debido principalmente por las presiones internacionales, ya sean del Tesoro norteamericano o por los organismos financieros mundiales, ya sean el FMI, el BM o la OCDE, así como por una supuesta irreversibilidad de la globalización. Relacionado con lo anterior, cabe mencionar que los avances tecnológicos en telecomunicaciones y medios de comunicación han acelerado el proceso de globalización, pero éste debe ser entendido independiente de las reformas económicas neoliberales (Arizmendi, 2002-3: 29 y ss).

En cuanto a los resultados de las medidas neoliberales en el primer mundo, no se observaron los beneficios a largo plazo que se esperaban; sin embargo, se lograron abrir nuevos mercados, con lo cual las crisis económicas de tiempos de la posguerra se superaron. En cambio, en los países en vías de desarrollo se obtuvo, en el mejor de los casos (como el chileno), un crecimiento estable de la macroeconomía, aunque la desigualdad social creció desmesuradamente, acarreando problemas socia-

les recurrentes. En el peor de los casos, los Estados perdieron poder de negociación con los grandes capitales y también con los sectores marginados al “aligerarse” el sector público e intensificarse la dependencia ante los vaivenes del mercado internacional. La causa de que en los países periféricos se dé una desigualdad mayor es que el ciclo económico no es endógeno, sino que se rompe y altera al darse la descapitalización de los países vía la fuga y especulación de las inversiones transnacionales, reinsertándose éstas en los países centrales.

Por su parte, el libre comercio ha sido una estrategia a corto plazo para volver a abrir las venas de los países del tercer mundo y extraer sus recursos naturales, su fuerza de trabajo, y evitar la defensa de los intereses de los sectores marginados. Las transnacionales aprovechan las prebendas hechas por los gobiernos para, en contubernio con algunos empresarios locales, crear monopolios y asegurar mercado para sus productos en detrimento de la pequeña empresa y de los productores locales. Las relaciones comerciales desiguales han provocado el empobrecimiento en sectores específicos de los países periféricos, con lo cual no es observable una recuperación, ni siquiera a largo plazo, como lo apuntan las “teorías” neoliberales que siempre olvidan el factor humano en sus análisis.

Asimismo, es fundamental observar que la alternancia política no precisamente indica un cambio en la dirección neoliberal del gobierno; ya se ha visto que la democracia electoral no es suficiente para “obligar” al poder político una mejor distribución de la riqueza ganada con los recursos y con el trabajo de la población. Debemos aceptar que el Estado, dentro del esquema neoliberal, funge como un administrador de la crisis, de la pobreza y de la fluidez del mercado, por lo que la *gobernabilidad* de un país redunda en la defensa de la desigualdad social y de los aparatos de coerción y compulsión económica. Incluso en gobiernos de centro-izquierda, que se asumen o no dentro de los parámetros de la tercera vía, se observa el favorecimiento a las reformas neoliberales, con la única diferencia de establecer programas paliativos ante los problemas sociales y económicos de fondo. Por ello hemos afirmado que el Estado sigue teniendo un papel fundamental dentro del sistema de dominación, sólo que se ha ocultado el papel preponderante que juega en los países del primer mundo, imponiéndole a los países de la periferia global medidas que debilitan su poder de negociación con el poder financiero internacional, siendo una prueba de las verdaderas intenciones monopólicas

por parte de los bloques continentales que se han formado a partir de la nueva organización geopolítica internacional. Podemos afirmar que tenemos ante nosotros una especie de burocracias a las órdenes del gran capital, es decir, Estados eficientes para los intereses del poder financiero transnacional. La reoligarquización de los países a nivel mundial nos confronta ante una de las grandes crisis de la historia humana, inédita y bestial. El neoliberalismo no es la evolución natural de la economía a nivel mundial, sino una ideología de dominación.

Bibliografía

- Aboites, Jaime. “El incierto porvenir del ALCA”, en *Eseconomía*, Nueva Época, Número 7, México, Escuela Superior de Economía-Instituto Politécnico Nacional, 2004.
- Almeyra, Guillermo. “Argentina: modelo para desarmar”, en *Eseconomía*, Nueva Época, Número 2. México, Escuela Superior de Economía-Instituto Politécnico Nacional, 2002.
- Anderson, Perry. “Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda”, en *Vientos del Sur*, Número 6. Buenos Aires, 1996.
- Arizmendi, Luis. “La globalización como mito y simulacro histórico”, en *Eseconomía*, Nueva Época, Número 2. México, Escuela Superior de Economía-Instituto Politécnico Nacional, 2002-3.
- Arroyo Picard, Alberto. “Resultados del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en México. Lecciones para la negociación del Acuerdo de Libre Comercio de las Américas”. Red Mexicana de Acción Frente al Libre Comercio, Oxfam Internacional. Diciembre de 2001.
- Borón, Atilano y Julio Gambina. “La tercera vía que no fue: reflexiones sobre la experiencia argentina”, en *Tercera vía y neoliberalismo* de John Saxe-Fernández (coordinador). México, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

- Cobos Pérez. "Conservas alimenticias". Expotecnoalimentaria, World Trade Center, octubre de 2012.
- Denitch, Bobdan. "Alternativas a la tercera vía", en *Tercera vía y neoliberalismo* de John Saxe-Fernández (coordinador). México, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, 2004..
- Dieterich, Heinz. "La 'tercera vía' en América Latina", en *Ensayos*. México, Editorial Nuestro Tiempo, 2000.
- Faux, Jeff. "La tercera vía hacia ninguna parte: las lecciones de la presidencia de Clinton", en *Tercera vía y neoliberalismo* de John Saxe-Fernández (coordinador). México, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- Giddens, Anthony. *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. España, Editorial Taurus, 1999.
- Lester, Jeremy. "El sentido común, la realidad y la tercera vía: la ilusión de una alternativa al neoliberalismo", en *Tercera vía y neoliberalismo* de John Saxe-Fernández (coordinador). México, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- Martínez, Osvaldo. "ALCA: el tiburón y las sardinas", en *Paradigmas y utopías*, Número 3. México, Partido del Trabajo, 2002.
- Olave Castillo, Patricia. *Chile: neoliberalismo, pobreza y desigualdad social*. México, Editorial Porrúa-Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Panitch, Leo. "El nuevo Estado imperial", en *Paradigmas y utopías*, Número 3. México, Partido del Trabajo, 2002.
- Rulli, Jorge Eduardo. "La biotecnología y el modelo rural en los orígenes de la catástrofe argentina". Exposición en el Seminario de UITA. Buenos Aires, 11 de abril de 2002.
- Saxe-Fernández, John y Gian Carlo Delgado Ramos. "Banco Mundial y desnacionalización integral en México", en *Tercera vía y neoliberalismo* de John Saxe-Fernández (coordinador). México, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

- Torres Ulloa, Margarita y Ricardo G. Acosta Reyes. “Panorama de la industria alimentaria en México y su competitividad”, en *Eseconomía*, Nueva Época, Número 2. México, Escuela Superior de Economía-Instituto Politécnico Nacional, 2002-3.
- Toussaint, Eric. “Garantizar para todos la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales y salir del círculo vicioso del endeudamiento”, en *Tercera vía y neoliberalismo* de John Saxe-Fernández (coordinador). México, Siglo XXI-Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- Velásquez Valadez, Guillermo. “Tecnología y desarrollo educativo”, en *Eseconomía*, Nueva Época, Número 7. México, Escuela Superior de Economía-Instituto Politécnico Nacional, 2004.